
La señorita Lawler resumió sus experiencias de este viaje a Chile en una declaración formulada a la prensa, de la que recogemos el siguiente párrafo significativo: «Chile es sin duda, junto al Brasil, el país latinoamericano que mayores posibilidades ofrece en el campo de la enseñanza musical». Miss Vanett Lawler que, en su presente jira sudamericana, había visitado ya dieciocho países, partió de Chile con dirección a Bolivia y Ecuador.

MUSICOS CHILENOS EN EL EXTRANJERO

Como director de orquesta de la Compañía de Ballet Ruso De Basil, visita en la actualidad la República de Costa Rica el músico chileno W. Mc-Dermott. La Orquesta Sinfónica Nacional de dicho país rindió un homenaje a nuestro compatriota, en el que le fueron testimoniados el respeto y la admiración que ha despertado su eficiente labor profesional.

* * *

Acario Cotapos, que desde hace algún tiempo se encuentra en Buenos Aires, en misión de acercamiento cultural entre Chile y Argentina, acaba de obtener señalados éxitos, tanto por sus obras de compositor, como en su trabajo de dar a conocer el estado y los progresos alcanzados por nuestra vida musical. El conocido director de orquesta, Albert Wolf, al despedirse del público argentino con motivo de su reciente viaje a Francia, donde dirigirá la Orquesta Padeloup y la de la Ópera Cómica de París, ha declarado a la prensa que se propone hacer conocer en Europa, entre las composiciones de otros músicos americanos, las de Acario Cotapos. «Este es uno de los músicos del Nuevo Mundo que más me interesan. Su obra «Los Invasores», de recia factura moderna, es una de las más impresionantes que he tenido ocasión de dirigir en los últimos tiempos». Las palabras de Albert Wolf han sido reproducidas por los principales diarios de Buenos Aires, con elogiosos comentarios para la personalidad de Acario Cotapos.

* * *

Ha regresado de Buenos Aires el compositor y crítico, maestro Adolfo Allende. En la capital de Argentina desarrolló algunas demostraciones pedagógicas dentro de su especialidad: la música folklórica, que fueron seguidas con máximo interés por los entendidos en estas materias.

* * *

La soprano chilena Rayén Quitral, actuó en los últimos días del pasado Octubre con extraordinario éxito en la ciudad de Méjico. Rayén Quitral que, dentro de su presente jira panamericana, ha

ejecutado conciertos en Buenos Aires, Río de Janeiro y Lima, ha sido contratada por la Metropolitan Opera House de Nueva York para participar en la temporada de Invierno.

LA TEMPORADA OFICIAL DE OPERA

El espíritu de sacrificio, la suma de abnegados esfuerzos con que la Asociación Lírica Nacional llevó a cabo la Temporada Oficial de Opera, merecen los más calurosos elogios. Los resultados obtenidos, desde un punto de vista rigurosamente musical, pueden ser tan discutibles como se quiera. Ello no disminuye el valor de la empresa, de la auténtica aventura a que se lanzó ese animoso grupo de cantantes chilenos, contando apenas con su sola buena voluntad.

Un espectáculo que requiere tantos y tan costosos elementos como la ópera, realizado con los pocos e inseguros medios de que pudo disponerse, representa casi un desafío a todas las adversidades. Que muchas fueran vencidas en ese impulso entusiasta de que hablamos, constituye ya un favorable balance. Agreguemos el que, en medio de ese cúmulo de dificultades, algunas de las óperas representadas lo fueran con cierta dignidad. Y todavía más: si la de este año no puede ni mucho menos contarse entre las más brillantes temporadas de ópera que se recuerdan en los fastos de nuestro Teatro Municipal, sirvió para hacer evidente que en Chile existe un grupo de artistas líricos capaz de sostener este espectáculo con altura. Pues más que a defectos nacidos por parte de este elemento sustancial del teatro lírico, los de mayor bulto que se acusaron provenían de la improvisación, de la falta de una dirección firme y de otra suma de factores, ajenos por completo a la calidad de los cantantes. Nos explicaremos con mayor claridad. La temporada de este año demostró que en Chile existen elementos suficientes para organizar una actividad lírica que redunde en beneficio de nuestra cultura musical en este aspecto importantísimo del arte. Bastaría para ello establecer un programa y plan de trabajo bien pensados, de acuerdo con nuestras posibilidades, y dedicar al estudio de las óperas que se seleccionasen no un par de semanas o un mes, como ha venido a ser nefasta costumbre entre nosotros, sino el tiempo necesario para conseguir lo mucho que puede esperarse de nuestros cultivadores del arte lírico. Teniendo como hoy ya se tiene en nuestro país un Cuerpo de Ballet como el de la Escuela de Danza, una orquesta como la Sinfónica de Chile, directores como Carvajal y Tevah,—por no citar otros,—un elenco de artistas líricos muy apreciable, al que podrían sumarse jóvenes valores que han demostrado excepcionales condiciones, se cuenta con las tres cuartas partes de lo que se precisa para llevar a cabo representaciones de ópera con absoluta responsabilidad artística. Faltaría, eso sí, la contratación de un buen director de escena, la creación de unos coros que respondiesen a la importante misión que cumplen en este espectáculo... y sobre todo: tiempo, mucho tiempo para

preparar la temporada. Tiempo para estudiar, tiempo para ensayos, tiempo para alcanzar el completo ajuste entre los elementos escénicos, musicales, etc., que intervienen con igual importancia en la suma de ellos que es el teatro lírico.

No podemos entrar en esta referencia, ni tendría objeto, en un análisis detenido de lo que fué en sus diversas características la temporada de ópera de 1945. Fué un error considerar que obras como «Aída», «La Bohème», «Tosca» o «Rigoletto», por ser las más repetidas, son las más fáciles de improvisar, de preparar de la noche a la mañana. Al contrario, el hecho de su eterna repetición exige que ya no puedan ser toleradas por un público exigente más que cuando se las presenta en forma insuperable. Y esta meta ambiciosa no podía pretenderse, de pensar con cordura. Si el intento de los animadores hubiera sido más modesto, los resultados de su esfuerzo no hubieran sido tan disparejos y el total de su obra no se habría malogrado tanto. Con todo, más que estimable fué la puesta en escena de «Tosca», bajo la dirección del maestro Carvajal, la de «Madame Butterfly», dirigida por el maestro Giusti, y la de «Bohème», que dirigió el maestro Puelma. «La Traviata», «Madame Butterfly», «Rigoletto» y «El Trovador» dejaron mucho que desear, hasta para la crítica mejor intencionada y que con mayor simpatía pudo acoger los propósitos de los organizadores. «Aída», a pesar de la magnífica actuación de Blanca Hauser, se resintió mucho de la falta de todas esas condiciones que requiere su brillante espectáculo.

En cuanto a los cantantes, con los apremios y las limitaciones que tuvieron que actuar, ¿qué más podía exigírseles de lo que hicieron? Cualesquiera que fueran las fallas de su labor, quedó bien manifiesta su excelente disposición para vencer el cúmulo de dificultades concitadas contra ellos, su honradez artística y la buena técnica vocal que pudieron mostrar en más de uno de los *momentos culminantes* que abundan dentro de los distintos papeles en las óperas mencionadas. Muy lejos de caer en mezquinos reparos de detalle, creemos que todos ellos merecen por igual un caluroso estímulo por su tesonero trabajo, guiado, como ahora lo estuvo sin lugar a dudas, por altos fines patrióticos. Queremos, sí, citar los nombres de jóvenes cantantes que en esta temporada hicieron sus primeras armas o repetían recientes triunfos, prometedores de un halagador futuro. Son los del tenor David Aguayo, que actuó en «Tosca»; Hilda Angelici, a quien se confió nada menos que el papel principal de «Madame Butterfly»; la mezzo-soprano Moncha Dois, en «Aída»; la soprano Clara Stock, en «Rigoletto»; la soprano Ruth González y la mezzo Chela Figueroa, en «La Bohème»; y el barítono Humberto Ortenzi, que se presentó en «Madame Butterfly».

No sabemos si con pretensiones de «broche de oro», la temporada se cerró con la ópera «Mauricio» del señor Melo Cruz. Este con justicia llamado por un crítico «pot-pourri de plagios mal pegados», es el conjunto más excelente de desatinos,—en el argumento, en la música, el escenario, la danza, etc.,—que puede imaginarse. Cae, a fuerza de ingenuidad, en la linde del surrealismo. No creo

que Dalí, de ser músico, pudiera inventar nada mejor como burla de la ópera tradicional. En todo lo contrario de su sentido ponderativo usual, podría decirse del «Mauricio» que representa una *obra única*, sin paralelo posible o, mejor aún, un espectáculo *inconcebible e inaudito*.

S. V.

CONCIERTOS

DESPEDIDA DE DAVID VAN VACTOR

Antes de inaugurarse la serie de conciertos de Primavera de la Orquesta Sinfónica de Chile, el 29 de Septiembre dirigió David Van Vactor su concierto de despedida, en el Teatro Municipal. No es necesario insistir una vez más sobre las altas cualidades artísticas o sobre la importancia de la labor desarrollada entre nosotros por el excelente compositor, intérprete y director de orquesta norteamericano. Las páginas de nuestra Revista han comentado una por una las actuaciones de este excelente músico, de quien, con estricta justicia, y en resumen, podría decirse que es uno de los músicos extranjeros que han realizado en Chile una obra más positiva. Como intérprete tanto como compositor o profesor, David Van Vactor evidenció en cuanto estuvo a su cargo una eficiencia técnica, una capacidad y una cultura artística de primer rango. Ojalá que su ausencia de ahora sea por breve tiempo y podamos contar en este país con su colaboración para nuestras actividades musicales del próximo año.

En el concierto a que nos referimos, Van Vactor incluyó dos de las obras que obtuvieron mayor éxito bajo su dirección en actuaciones anteriores,—la «Primera Sinfonía» de Brahms y la «Obertura a una comedia» de que él es autor,—más dos «Canciones para mezzosoprano y orquesta» de R. Strauss y el estreno de la «Sinfonía Concertante», con flauta solista de Domingo Santa Cruz. Teresa Orrego interpretó la parte de mezzosoprano en las canciones de Strauss, con ese sentido dramático y ese buen gusto que hemos tenido ocasión de señalar en este nuevo valor que despunta en nuestro arte. Van Vactor actuó como flauta solista en la Sinfonía Concertante de Santa Cruz, dirigiendo la orquesta Víctor Tevah.

Es casi imposible en una primera audición entrar a discriminar toda la complejidad de elementos que intervienen en una obra de tanta sutileza como la Sinfonía Concertante de Santa Cruz. No obstante, nos aventuraremos a un juicio general sobre su contenido. Representa un aspecto de la personalidad de su autor que no es el más divulgado, aunque para nosotros encierre lo más sustancial de ella. Santa Cruz, que de preferencia aparece en nuestros conciertos con sus obras de mayor envergadura, como la «Cantata de los Ríos de Chile» o las «Variaciones para piano y orquesta», gana mucho cuando la fuerza poderosa de su inspiración, se constriñe en los límites de las formas de cámara. Su «Cuarteto de cuerdas» y su «Suite